

# JOHN LE CARRÉ

## PROYECTO SILVERVIEW



JOHN LE CARRÉ

# PROYECTO SILVERVIEW

Traducción de Ramón Buenaventura

 Planeta

Título original: *Silverview*

© The Literary Estate of David Cornwell, 2021

© por el epílogo, Nick Harkaway, 2021

© por la traducción, Ramón Buenaventura, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-08-25181-1

Depósito legal: B. 275-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



A las diez en punto de una mañana de lluvia torrencial, en el West End londinense, una joven con un anorak holgado y una bufanda de lana envolviéndole la cabeza se adentraba resueltamente en la tormenta que bajaba rugiendo por South Audley Street. Se llamaba Lily y se encontraba en un estado de ansiedad emocional que por momentos se trocaba en indignación. Llevaba mitones: con una mano se cubría los ojos de la lluvia, mientras escrutaba los números de los portales, y con la otra tiraba del cochecito que contenía a Sam, su hijo de dos años, bajo una lona de plástico. Algunas casas eran tan grandiosas que no tenían número. Otras sí lo tenían, pero no de esa calle.

Al llegar a un portal pretencioso, con el número pintado con insólita claridad en una columna, subió la escalera marcha atrás, arrastrando el cochecito, pasó revista al cuadro de nombres situado junto a los timbres de la propiedad y pulsó el más bajo.

—Solo tiene que empujar la puerta, cariño —le aconsejó por el interfono la voz bondadosa de una mujer.

—Necesito a Proctor. Me lo dijo ella: o Proctor o nadie —replicó de inmediato Lily.

—Stewart está llegando, cariño —le comunicó la misma voz conciliadora, y unos segundos después se abrió el portón y apareció un hombre esbelto, con gafas, de cincuenta y tantos años, con el cuerpo ladeado a la izquierda, y la alargada cabeza inclinada en actitud de preguntar algo casi gracioso. A su lado permanecía una señora mayor con el pelo blanco y una chaqueta de punto.

—Yo soy Proctor. ¿Te echamos una mano con eso? —preguntó el hombre, mirando el carrito.

—¿Cómo sé que es usted? —le preguntó Lily en respuesta.

—Porque tu venerada madre me llamó anoche a mi número privado y me insistió en que estuviera aquí.

—Le dijo que usted solo —objetó Lily, mirando a la señora con el ceño fruncido.

—Marie se ocupa de la casa. Y no tiene inconveniente en echar una mano cuando hace falta —dijo Proctor.

La señora dio un paso al frente, pero Lily la apartó con el hombro para entrar, y Proctor cerró la puerta tras ella. En la tranquilidad del vestíbulo, recogió la protección de plástico hasta dejar al descubierto la cabeza del niño, que tenía el pelo negro y rizado y mostraba una envidiable cara de satisfacción en su sueño.

—Se ha pasado la noche despierto —dijo Lily, poniendo una mano en la frente del chico.

—Qué guapo —dijo la llamada Marie.

Tras situar el carrito en el hueco de la escalera, en la zona más oscura, Lily hurgó debajo de la criatura y extrajo un sobre blanco y grande, sin marcas, para luego plantarse ante Proctor. Este esbozó una sonrisa que la hizo acordarse del cura viejo a quien se suponía que le contaba sus pecados en el internado. El internado no le gustó nada en su momento, y tampoco el cura, de modo que no tenía la menor intención de que le gustara Proctor ahora.

—La idea es que yo me quedo ahí sentada mientras usted lo lee —puso en conocimiento del hombre.

—Por supuesto —confirmó Proctor, complaciente, mirándola de un modo avieso desde lo alto a través de sus gafas—. Y ¿puedo añadir que lo siento muchísimo?

—Si desea responderle, tendré que darle yo el mensaje, de viva voz —dijo ella—. No quiere llamadas telefónicas, mensajes de texto ni correos. Ni del Servicio ni de nadie. Incluido usted.

—Todo esto es muy triste, también —comentó Proctor, tras un momento de sombría reflexión, y, como si hasta entonces no hubiera sido consciente del sobre que tenía en la mano, lo palpó con sus dedos huesudos—. Vaya tocho, ¿no? ¿Cuántas páginas le calculas?

—No lo sé.

—¿Papel con membrete personal? —Seguía palpan-do—. No, no puede ser. Nadie tiene papeles con membrete propio de este tamaño. Son folios normales, supongo.

—No he visto lo de dentro, ya se lo he dicho.

—Por supuesto que sí lo has visto. Bueno —añadió con una sonrisita cómica que desarmó momentáneamente a Lily—, pues manos a la obra. Tengo mucho que leer, evidentemente. ¿Te importa que me retire?

En un árido cuarto de estar, al otro lado del vestíbulo, Lily y Marie permanecieron sentadas una frente a otra, en unos viejos sillones de tartán con apoyabrazos de madera. Las separaba una mesa de cristal llena de rayaduras, y sobre ella una bandeja de hojalata con un termo de café y galletas de avena y chocolate. Lily ya había rechazado ambas cosas.

—Y ¿cómo se encuentra ella? —preguntó Marie.

—Todo lo bien que cabe cuando está uno muriéndose, gracias.

—Sí, es todo un espanto, claro. Siempre lo es. Pero ¿cómo está de ánimo?

—No ha perdido la chaveta, si es eso lo que quiere usted decir. No recurre a la morfina, no la tolera. Baja a cenar cuando le es posible.

—Y sigue gustándole comer, imagino.

Incapaz de soportarlo más, Lily se trasladó al vestíbulo y estuvo entreteniéndose con Sam hasta que apareció Proctor; el cuarto era más pequeño que el primero, y más oscuro, con unos visillos mugrientos, muy densos. Intentando mantener una distancia de respeto entre ambos, Proctor se situó junto a un radiador, en la otra punta de la habitación. A Lily no le gustó nada la expresión de su rostro. Usted es el oncólogo del hospital de Ipswich,



y lo que va a decir ha de quedar en el ámbito familiar más restringido. Va usted a decirme que se muere, pero eso ya lo sé, de modo que ¿qué más?

—Doy por supuesto que conoces el contenido de la carta de tu madre —empezó Proctor, sin entonación, sin sonar ya como el cura con quien Lily no se confesaba, sino como alguien mucho más real. Y al ver que ella se disponía a negarlo—: En general, digamos, no su contenido real.

—Ya se lo he dicho —replicó Lily tajantemente—. Ni en general ni de ninguna manera. Mamá no me ha dicho nada, y yo no le he preguntado.

Es a lo que solíamos jugar en el internado: ¿cuánto tiempo puedes aguantar mirando de frente a otra chica sin pestañear ni sonreír?

—Muy bien, Lily, vamos a planteárnoslo de otra manera —sugirió Proctor, con una paciencia exasperante—. No sabes lo que hay en la carta. No sabes de qué trata. Pero a alguna amiga le habrás dicho que te ibas a presentar en Londres a entregarla. De modo que ¿a quién se lo has dicho? Porque tenemos que saberlo.

—No le he dicho una puta palabra a nadie —le espetó Lily al inexpresivo rostro del otro lado de la habitación—. Mamá me dijo que no lo hiciera, y no lo hice.

—Lily.

—¿Qué?

—No estoy al tanto de tus circunstancias personales. Pero lo poco que sé me indica que debes de tener alguna

relación con alguien. ¿Qué le has dicho a él? ¿O a ella, si es ella? No puedes desaparecer todo un día de tu afligida casa así, por las buenas, sin poner alguna excusa. Nada más humano que decir, como de pasada, a un amigo, a una amiga, incluso a alguien meramente conocido, «Oye, ¿sabes qué?, voy a acercarme a Londres a entregar en mano una carta secreta de mi madre».

—¿Me está usted diciendo que es humano, entre nosotros, hablarnos así? ¿Hablarle así a un mero conocido? Lo humano es lo que me dijo mi madre: que no se lo contara a ningún bicho viviente, y no se lo he contado. Además, estoy adoctrinada. Por todos ustedes. Estoy comprometida. Hace tres años me pusieron una pistola en la sien y me dijeron que ya era lo suficientemente mayor como para guardar un secreto. Y además no tengo ninguna relación, ni tantas amiguitas con quienes pasarme el día charlando.

El juego de mirarse a los ojos empezó de nuevo.

—Y tampoco se lo dije a mi padre, si es eso lo que me está preguntando —añadió, en un tono que más bien sonaba a confesión.

—¿Estipuló tu madre que no debías contárselo? —inquirió Proctor, con más rotundidad.

—No me dijo que lo hiciera, de modo que no lo hice. Somos así. Así es nuestra casa. Nos acercamos unos a otros de puntillas. Puede que en su casa sea igual.

—Bueno, pues cuéntame, si no te importa —siguió Proctor, sin entrar en lo que su familia hacía o dejaba de

hacer—. Me interesa. ¿Qué motivo aparente alegaste para acercarte a Londres hoy?

—¿Quiere usted decir qué tapadera utilicé?

El demacrado rostro del otro lado de la habitación se iluminó.

—Sí, pongamos que sí —concedió Proctor, como si *tapadera* fuese un concepto nuevo para él, bastante divertido, por otra parte.

—Estamos buscando una guardería en nuestra zona. Cerca de mi apartamento de Bloomsbury. Para poner a Sam en lista de espera, hasta que cumpla los tres años.

—Admirable. Y ¿de veras vas a hacer eso? ¿Vas a buscar una auténtica guardería? ¿Sam y tú? ¿A ponerte en contacto con la dirección y todo lo demás? ¿Que apunten su nombre?

Proctor era ahora como un tío preocupado por su sobrino, y muy convincente, además.

—Dependerá de cómo esté Sam cuando logre sacarlo de aquí.

—Haz el favor de arreglarlo, si puedes —le instó Proctor—. Lo hará todo más fácil cuando regreses a casa.

—¿Más fácil? ¿El qué? —preguntó Lily, echando de nuevo el freno—. ¿Más fácil que mentir, se refiere?

—Me refiero a que es más fácil no mentir —la corrigió Proctor, muy serio—. Si dices que Sam y tú vais a visitar una escuela y la visitáis, y luego volvéis a casa, ¿dónde está la mentira? Bastante agobio tienes ya. No sé cómo te las apañas para soportar todo esto.

Durante un incómodo momento, Lily supo que lo decía de verdad.

—Y nos queda algo por aclarar —prosiguió Proctor, retomando la cuestión—: ¿qué respuesta debo darte para que se la transmitas a tu valerosa mamá? Porque tiene derecho a una respuesta. Y ha de recibirla.

Hizo una pausa, como esperando la ayuda de Lily. En vista de que no la recibía, continuó.

—Y, como tú misma has dicho, tiene que ser de palabra. Y tendrás que administrársela tú sola. Lo siento mucho, Lily. ¿Puedo empezar con ello? —preguntó, y empezó sin esperar la contestación—. Nuestra respuesta es un sí inmediato a todo. O sea, tres síes en total. Nos hemos tomado muy en serio su mensaje. Se tendrán en cuenta sus preocupaciones. Todas sus condiciones se cumplirán plenamente. ¿Te acordarás de todo?

—De todo lo importante, sí.

—Y, por supuesto, dile que le agradecemos muchísimo su valentía y su lealtad. Y también te damos las gracias a ti, Lily. Y de nuevo: lo siento mucho.

—¿Qué pasa con mi padre? ¿Qué le digo? —preguntó Lily, sin darse por satisfecha.

Otra vez la sonrisa cómica, como una señal luminosa de aviso.

—Sí, esto... Puedes contarle lo de la guardería que piensas visitar, ¿no? Al fin y al cabo, es para eso para lo que has venido hoy a Londres.

Con gotas de lluvia salpicándola desde la acera, Lily siguió avanzando hasta llegar a Mount Street, donde paró un taxi y le pidió al conductor que la llevara a la estación de Liverpool Street. Quizá hubiera tenido verdadera intención de ir a esa guardería. Ya no estaba segura. Quizá lo hubiera comentado la noche anterior, aunque lo dudaba, porque en ese momento ya había tomado la decisión de no volver a dar explicaciones a nadie, nunca. También podía ser que la idea no se le hubiera ocurrido hasta que Proctor se la sacó. Lo único que sabía era: no iba a visitar ninguna puñetera guardería para darle gusto a Proctor. A freír espárragos eso, y las madres agonizantes y sus secretos, a freír espárragos todo.